

Cuentos cortos de ciudad

Sonia Navarro Galmés



Capítulo 1

ROSAS

Llegó el 15 de mayo... y la primavera.

Eloise cargaba con su enorme paraguas abierto contra la lluvia, dando bandazos, por las irregulares callejuelas. Recogió el paquete de la floristería del Paseo Marítimo y se dirigió a casa de su amiga dando saltitos torpes para evitar los charcos que habían dejado las lluvias del fin de semana.

Paró el autobús de la línea nueva con expresión de desconfianza. Miraba las puertas abiertas como si le estuvieran pidiendo dinero prestado. Subió la plataforma con esfuerzo, intentando no perder el equilibrio entre el paquete y el paraguas. Era un paraguas enorme de estilo londinense. Incluso cerrado se veía más alto que ella. Le preguntó al conductor por la parada en la que tendría que bajarse y, tras varios chantajes emocionales, consiguió que le asegurara que la avisaría cuando llegaran.

Se sentó cerca de la puerta de salida y quedó absorta mirando por la ventana. La primavera se había puesto remolona ese año.

"Parece que cada año venga más tarde" pensó para sí mientras seguía las gotitas con el dedo en el cristal.

Oyó el timbre del conductor y el anuncio de su parada. Se bajó de un salto y comprobó que la lluvia casi había amainado. Decidió abrir el paraguas de todos modos y caminó las dos calles que la separaban de la casa de su amiga como una enorme seta andante.

Se plantó frente al portal y comprobó el número. Lo había anotado a pesar de las veces que había ido hasta allí. Había tenido que hacerlo, sin duda. Dos semanas atrás se había dejado las luces encendidas al salir y tenía miedo de estar perdiendo la cabeza. Se había comprado una libretita en la papelería de la esquina de su casa. Medía apenas medio palmo y tenía un lapicito atado con una goma.

Había empezado anotando sólo un par de números de teléfono y direcciones, pero cada vez encontraba más cosas que anotar y a esas alturas parecía un pequeño diario en clave.

En la página actual se podía leer:

- cumple Martha!! 73, no olvidar las velas.
- peluquería 11h
- floristería!
- bus 3Y baja "calle Xiprés" preguntar.

- 7-9; p.2-3

- ...

"Segundo piso... tres toques" murmuró para sí mientras pulsaba el botón: "meec meec meeeec", un total de tres veces.

Habían pactado esa contraseña entre ellas y Eloise se sentía como una espía de película cada vez que la usaban. Al estar en casa gran parte del día, una se daba cuenta de cuánta gente picaba a la puerta, y rara era la vez que era para algo importante! Propaganda, encuestas, entregas para los vecinos, el de la antena, gente equivocándose de piso... si uno hacía caso al interfono ya no hacía nada más en todo el día. De modo que habían hecho su propia contraseña. Algo sencillo: tres toques para los amigos, dos toques para la familia.

Martha no la hizo esperar y la puerta se abrió sin tener que añadir nada. "Como los espías" pensó para sí Eloise, divertida. Cerró el paraguas y atravesó el umbral de cristal y madera noble.

Subió en el resplandeciente ascensor plateado y se repeinó en el espejo.

- ¡Felicidadeees!- gritó nada más abrirse las puertas del ascensor.

- ¡Gracias Eloise! Pasa-pasa... ya tengo la mesa puesta. ¿Eso es un regalo? No hacía falta mujer... *ya sabes que no hace falta...*

Entraron entre achuchones y Martha cogió la pequeña maceta y empezó a desenvolverla con cuidado mientras Eloise dejaba el abrigo y el bolso en el sofá del recibidor.

- ¡Pero si son rosas! Oh, Eloise! - dijo sorprendida, y se echó a reír - ¡Pero si ya no tenemos edad para las rosas!

- ¡Habla por ti! Yo espero que para Noviembre habrán crecido bastantes para que me traigas un buen ramo. Así que ya puedes tratarlas con cariño y alimentarlas como es debido!

La cara de Martha era un mar de suaves arrugas que se enroscaban en su media sonrisa entre picarona y condescendiente. Eloise la observaba de reojo para valorar su reacción.

Siguió su mirada concentrada mientras analizaba los pequeños capullitos de las rosas silvestres que estaban por abrirse. Toqueteaba con delicadeza aquí y allá, apartando los restos de papel maché y dejando libre el verdor de los frondosos tallos. El verde vivo de las hojas hacía brillar el rosa subido de los pequeños racimos. El color le recordó a los polvos de maquillaje que solía usar cuando aún había para quién ponérselos y aquél recuerdo la obligó a sonreír.

- Bueno bueno, ya veremos cómo se portan... comemos?

En la mesa brillaba la cubertería y un tímido sol se colaba entre las nubes. La suave luz se deslizaba entre las cortinas iluminando las copas, y sus destellos acariciaban el mantel de hilo blanco.

Se sentaron a la mesa.

- No has tardado nada. Si te digo la verdad no te esperaba hasta pasada la media - comentaba Martha con sorna.

- He venido con el nuevo autobús - dijo Eloise con los ojos muy abiertos -. Es rapidísimo. El otro daba más vueltas que el bus turístico. Pero si te digo la verdad, de no haber estado lloviendo, no lo habría cogido.

Martha terminó de servir y, tras los elogios de rigor, dieron buena cuenta del puré de guisantes y de la carne estofada. Prácticamente no hablaron hasta llegar a los postres, disfrutando de la compañía en silencio, mientras el sol se esforzaba por hacerse un hueco en el cielo.

- ¡Espero que habrás preparado ese flan tan rico! Al fin y al cabo, sabes que sólo vengo para poder llevarme un pedazo a la boca.

- ¡Sigues siendo tan glotona! - se reía su amiga. De camino a la cocina encendió la radio. La música explotó en el comedor con un estruendo ensordecedor hasta que Martha consiguió dominarlo y sintonizar la cadena que a ella le gustaba escuchar.

- ¿Otro equipo nuevo? - preguntó Eloisa intentando no sonar sarcástica.

La respuesta vino acompañada del tintineo de platos y cucharitas de postre.

- Mi hijo vino ayer y estuvo toda la tarde montándolo - su voz arrastraba un suspiro de cansancio -. Como ya no sabe qué comprarme, me compra cosas que no necesito. Pero es un bonito detalle...

- Oh, que buena pinta tiene este flan! - exclamó Eloise.

- ¿Escuchas algo de lo que te digo?

- ¿prdona qué? - respondió Eloise con la boca llena de postre.

- Hala, hala! ¡Pareces mi nieta! Hablando con la boca llena - le alcanzó una servilleta y bajó la música.

- ¿Sabes que la Toñi se ha teñido de rojo?

- No! Con lo pálida que es... quién le aconsejó ? - preguntó Eloise casi atragantándose.

- Parece una zanahoria, la pobre. Si la vieras...

- Seguro que me reiría. Y luego estaría sin hablarme durante un mes. Como aquella vez que me reí de su perrita.

- Es que te gusta hacerla rabiar

- Pero si la llamó Pepsi! Todavía me río sólo de recordarlo: "¡mira que cosita tan mona! ¡Es mi perrita Pepsi!" - dijo Eloise con voz de falsete, imitando a la Toñi.

- Seguro que ni sabe lo que es. Le gustaría cómo sonaba el nombre y se

lo puso.

- Es un nombre horrible.
- Horrible es lo que le hizo tu gato. Esa bestia parda tuya...
- Es que mi Cható es muy territorial y aquella perrita tenía toda la pose de ir a mear.
- Me parece que no pudo hacerlo en una buena temporada. Menudo zarpazo le dio en todo el...

Se rieron recordando la escena.

Recogieron los platos y prepararon el café en la cocina.

-¿Descafeinado?

- Siempre.

Mientras esperaban a que el agua hirviera se pusieron al día de las respectivas familias.

Sirvieron el café y lo llevaron a la mesa en una bonita bandeja de plata. Eloise sacó la tarta de la nevera y le puso las velitas pertinentes.

- ¡Compradas expresamente! - exclamó orgullosa.
 - Agh! Qué chivatas son las velas de ahora. Antes eran más discretas. Ponías unas cuantas repartidas... o una sola así, toda elegante y ya...
 - Vamos, vamos! ¡Y bien que los llevas! Venga, que voy a poner el CD - dijo Eloise dirigiéndose a su bolso.
 - Ejem... En el nuevo aparato no va el CD - la interrumpió Martha con un hilillo de voz -. Ahora sólo vienen con USB...
 - ¡Pues te la canto yo! - decidió Eloise - ¡No se pueden soplar las velas sin un poco de alboroto! Un dos, un dos y " CUMPLEAAAAÑÑOS FELIIIIIZ! CUMPLEAAAAÑÑOS FELIIIIIZ..."
 - Jajajaja, siempre cantando a voz en grito! Los vecinos van a pensar que esto es una discoteca.
- Eloise seguía cantando tan fuerte como le permitían sus pulmones y daba palmas con energía.
- TE DESEEEAMOS MARTHAAAAA, CUMPLEAÑOS FELIIIIIZ!

Martha sopló las velas y las apagó una detrás de la otra.

Las dos aplaudían y se reían.

- Menudo escándalo hemos montado - dijo Martha.
- ¡No te preocupes tanto! Si cantas tan mal como yo, por lo menos hazlo todo lo fuerte que puedas, y nadie podrá decirte que es por falta de ganas.

Martha sacó dos copitas pequeñas, como de casita de muñecas, pero de cristal fino.

- Ah...! El moscatel. ¡Eso sí que me hace cantar! - decía Eloise, que había

enrojecido por el esfuerzo.

Sirvió las copas. Mientras Martha se levantaba y colocaba las flores en el centro de la mesa.

- ¡Por los amigos!
- ¡Los que quedan y los que vendrán!

Dieron sus respectivos sorbitos y saborearon el dulce licor.

Martha se quedó seria de golpe, mirando fijamente las flores.

- Venga, dímelo.
- ¿El qué?
- ¿Por qué las rosas?
- Todas las jovencitas reciben rosas en sus cumpleaños. Es tradicional.
- Oh, vamos. Eloise. Las dos sabemos que no te entusiasman las rosas. ¿Por qué éstas? Seguro que tienes tu motivo oculto.

Eloise apuró su copa y miró fijamente a su amiga.

- Esta variedad se llama floribunda - empezó a recitar con voz suave y tranquila, nada habitual en ella-. Allá donde la plantas crece en forma de floridos racimos, muchos racimos, es muy colorida. Se la suele considerar rústica y no es muy alta para ser una rosa... es más humilde y menuda que esas rosas grandes y altivas. Sencilla... y sin embargo gusta a todos. Es la segunda flor más popular. Me pareció que os llevaríais bien.
- ¿La segunda? - preguntó levantando la ceja.
- La primera es muy escandalosa y exótica. Y lo bonito no le dura nada. Ésta es más resistente. Más confiable. Te irá bien con ella.
- La cuidaré bien.
- Sé que lo harás.

Se hizo un silencio íntimo.

- ¡Bien! Acuérdate de darles mucha luz y mucha agua. Yo me voy ya.
- Las pondré en la ventana que da a la montaña.
- Bien. Bien.

Se levantó y se puso la tupida chaqueta. Se colgó el bolso al hombro.

Salieron al rellano, se dieron besos y abrazos y recuerdos para todos.

Eloise cogió el ascensor. Martha volvió a entrar en su piso y cogió la maceta. La regó abundantemente.

- Pues ya tienes agua - dijo en voz alta.

Se dirigió al balcón de la parte trasera de su casa. Abrió la puerta acristalada y salió al fresco. A pesar de la humedad, el aire se respiraba limpio. La relajó.

Buscó un rincón apropiado para las rosas. Uno en el que no les diera el sol de lleno, pero que tuvieran luz. Al final, las dejó al lado de las gardenias.

Se sentó en la tumbona y fijó su vista en el horizonte. Allí sobresalía, pasados unos cinco o seis edificios, uno especialmente viejo y destartalado.

Se quedó así, mirándolo un buen rato, una media hora. Entonces vio una luz en el edificio destartalado. Alcanzó sus prismáticos.

Y saludó a Eloise, que agitaba los brazos desde aquél viejo balcón a punto de caerse, con sus propios prismáticos colgados al cuello, los que ella le había regalado el otoño anterior.

Y se puso a reír.

Capítulo 2